











EL ROMANCERO

ONCE ALFONSOS

**EL ROMANCERO**

DE LOS

**ONCE ALFONSOS.**

EL ROMANCERO

DE 108

ONCE ALFONSO



AL SERENISIMO  
**EL ROMANCERO**

DE LOS

# **ONCE ALFONSOS**

Reyes de Asturias, Leon y Castilla.

POR

**D. RICARDO VELASCO AYLLON**

Editor, **DORREGARAY,** y

**D. EDUARDO FUENTES.**



Madrid 22 de Enero de 1863.

**MADRID.**

**LIBRERIA AMERICANA, PRINCIPE, 25.**

---

1863.

EL ROMANCIERO

DE LOS

# ONCE ALFONSO

Reyes de Asturias, León y Galicia.

Por

D. RICARDO VILLASO AYLLON

---

**DORREGARAY, Editor.**

---

D. EDUARDO FUENTES.



MADRID.

LIBRERIA AMERICANA, PRINCIPAL, 22.

---

MADRID 1863. — Imp. de **A. Santa Coloma**, Dos Hermanas, 19.

# AL SERENISIMO SR. PRINCIPE DE ASTURIAS

D. ALFONSO.

SEÑOR :

Consignar en breve espacio los hechos más notables de los once Alfonsos, Reyes de Asturias, Leon y Castilla, es el único objeto del ROMANCERO que tenemos el alto honor de dirigir á V. A.

Las galas de la poesía, la elegancia del lenguaje, todo lo hemos sacrificado muchas veces á la concision y claridad, bases sobre las que levantamos este insuficiente trabajo.

Dígnese V. A. aceptar nuestro pensamiento, atrevido, si pretendiéramos haberle llevado á efecto de la manera que exige su importancia, lo cual estamos muy léjos de maginar.

Madrid 22 de Enero de 1863.

SEÑOR :

A L. R. P. de V. A.

RICARDO VELASCO AYLLON.

EDUARDO FUENTES.



D. ALFONSO I,

# D. ALFONSO I,

EL CATÓLICO.

Padre capor, que echando  
al fuego que arde en el agua,  
toda el mar y se apresta  
á lavar sus cuerdas de plata.  
Dile, no por su traza,  
si por los hechos que tanto,  
No es que aplea el pensamiento  
á decir ardientes y encasas,  
no; que apenas la voz viera,  
temblorosa, en su garcanta,



# D. ALFONSO I,

## EL CATÓLICO.

¡Pobre cantor, que cediendo  
al fuego que arde en el alma,  
toma el laud y se apresta  
á herir sus cuerdas de plata!  
Oidle , no por su trova,  
sí por los hechos que canta.  
No es que audaz el pensamiento  
á necia ambicion le arrastra,  
no ; que apénas la voz vibra,  
temblorosa, en su garganta.

Pero es español, y anhela  
cantar las glorias de España.  
¡Patria, cuna de los héroes,  
tierra fértil, noble patria,  
generosa en la fortuna,  
como altiva en la desgracia!  
Tus pesares son canciones  
para el arpa castellana:  
tus riquezas son ciudades  
que del negro mar arrancas!  
Y pues eres tan hermosa,  
que no has de vestirte galas,  
desnudos cuento los triunfos  
de once notables Monarcas,  
que tus agravios vengaron  
con sus heróicas hazañas.  
Apénas muerto Favila,  
sentó en el solio su planta  
el Rey Alfonso primero,  
*grande* por sus hechos de armas.  
Descendiente del glorioso  
Recaredo, fué su espada  
rayo que hirió á los infieles  
en mil gloriosas campañas.  
Fué padre del Rey Alfonso,  
Pedro, Duque de Cantabria;  
y con la hija de Pelayo



unió su suerte el Monarca.  
Predicando el esterminio  
de las huestes musulmanas,  
con sus valientes astures  
el primero en la batalla,  
rompió las treguas que el moro  
por sus disturbios guardaba.  
Tras la bandera de Cristo  
corren los pueblos en masa,  
y por caudillo los cántabros  
á Alfonso primero aclaman.  
En los pueblos de Galicia,  
que la odiosa cimitarra  
no avasalló con su filo,  
resuena el grito de «al arma;»  
y el mismo trueno de guerra  
ruge en Vizcaya y Navarra.  
¡Nobles pechos que veneran  
su religion sacrosanta!  
Vedlos, cómo en su ardimiento,  
van á lidiar por la causa  
del Hombre-Dios, que en el Gólgota  
vertió su sangre adorada.  
Mas en los pechos infieles  
hierve el afan de venganza!  
¡Ay del valiente caudillo,  
si en su furor se embriaga

y á campo raso se arroja  
sobre la tribu africana!...  
que á nuestros pocos soldados  
inmensas tropas aguardan!  
Pero el Rey Alfonso sabe  
templar sus ardientes ansias,  
y con su hermano Fruela  
emprende una guerra larga,  
pues sólo en golpes parciales  
lucha su tropa bizarra.  
Contra su plan de conquistas  
se hace impotente la saña  
del musulman; y vencido  
con fuerzas multiplicadas,  
cede al valiente cristiano  
una tras otra ventaja.  
En Galicia; Lugo, Orense  
y Tuy son desalojadas  
por el alarve; y se extiende  
la conquistada comarca  
hasta más allá del Duero;  
pues rinde Alfonso á su lanza,  
á Viseo, en Portugal,  
Oporto, Chaves y Braga;  
la capital, en Leon,  
con Salamanca, Simancas,  
Zamora, Astorga y Ledesma;

y en la Castilla, Saldaña  
Osma, Segovia, Sepúlveda;  
Avila, Coruña y Lara.  
Ya impera la cruz de Cristo  
desde las aguas catábricas,  
á tierra de Campos; desde  
las occidentales playas,  
á los montes Pirineos  
de Aragon. ¡Gloriosa y santa  
la lucha, que dió al cristiano  
la cuarta parte de España!  
Pero el esforzado Alfonso  
nunca en sus triunfos descansa:  
Pamplona, libre del yugo  
infel, despierta azorada:  
van á arrancarle su gloria;  
quizá la enseña africana,  
en breve, brille orgullosa  
tras sus deshechas murallas.  
Un héroe se necesita  
para abatir la arrogancia  
del Gobernador Juceph,  
que sin treguas la amenaza.  
¡Un héroe!.. ¡Alfonso primero!  
Allí está, donde le llaman  
el valor que arde en su pecho,  
la fé que vive en su alma!

Al frente de sus astures  
y cántabros, no le espantan  
ni la fiereza del moro,  
ni la perdida esperanza.  
Y vence, porque es el triunfo  
la mision de su constancia.  
Estendidos los confines,  
forma castillos y plazas;  
y desde ellos, como un tiempo  
desde los montes, se lanza  
sobre la hueste enemiga,  
y con tal furia la ataca,  
que ya las filas moriscas,  
ántes de ser derrotadas,  
huyen. No es sólo al valiente  
al que sus hijos aclaman;  
es al Rey que funda pueblos  
y fortalezas levanta;  
al que templos restablece;  
al que hace acuñar medallas  
en Leon; es al *Católico*  
que edifica junto á Cangas  
el convento de San Pedro  
de Villanueva, y abraza  
la dicha de sus vasallos  
con su amorosa mirada,  
Mas ¡ah!... gozadas apenas

tantas gloriosas mudanzas,  
ve Alfonso correr su vida  
á donde el tiempo la llama,  
Dios, premiando sus desvelos  
por la fé que le alentara,  
le ordena trocar el mundo  
por su celestial morada.

Tres hijos lloran de Alfonso  
el sosten que les arrancan:

el primogénito Fruela,

Adosinda, la llamada

á ser reina de Silon,

y Vimarán; fuerte raza

del hombre que sus proezas

deja en la historia grabadas.

Fallece Alfonso primero,

en su palacio de Cangas,

en el año setecientos

cincuenta y nueve; y honrada

es su muerte con cantares

que sus hazañas relatan,

y en nombre de Dios la eterna

felicidad le señalan.

Así muere el Rey Alfonso,

á la edad poco avanzada

de sesenta y cuatro años,

y su tumba se levanta

en la celebrada iglesia  
de Santa María de Cangas.  
Su cuerpo y el de Hermesinda,  
su esposa, juntos descansan;  
y al pié de ellos, los guerreros  
ruegan á Dios por sus almas.  
Veinte años de cruda guerra  
dan á los bronces la fama  
del Rey Alfonso *el Católico*,  
digno de eterna alabanza.



EL ALFONSO II.

# D. ALFONSO II,

EL CASTO.

No es que falta a la ley  
vocas que el viento susurra  
dulces, cual beldad de fiestas,  
festivas, cual voz de rumbos.  
No es que el mundo se quejaba  
no es que palmeaba la falda;  
es que el casto es una cruz  
para una esposa de los vientos.  
De Alfonso, el padre de la ley,  
cuando la ley era el rey.

D. ALFONSO II.

EL CASTO.



## D. ALFONSO II,

### EL CASTO.

No es que falten á la lira  
voces que el viento engalanen,  
dulces, cual habla de amores,  
fuertes, cual voz de combate,  
No es que el sonido no espese;  
no es que palabras le falten;  
es que el cantor es muy poco  
para una empresa tan grande.  
De Alfonso segundo, *el Casto*,  
cuenta la historia el romance;

y si gustais el comienzo,  
no os negareis á escucharle.  
Sus grandes hechos me sirvan  
de sombra para ocultarme.  
Si el canto es pobre, sentidle,  
y adivinadle gigante!  
Con Alfonso, hijo de Fruela,  
la Reina Adosinda parte  
su gobierno; y muerto el Rey,  
la noble ambicion abate  
de Alfonso, el hijo bastardo  
del Rey D. Alfonso el grande,  
que elevarse al régio sólio  
con sordos manejos sabe.  
Pero muerto Mauregato,  
pasa Bermudo á heredarle,  
y cede al segundo Alfonso  
la gloria que en él no cabe.  
Trasládase Alfonso á Oviedo,  
no sin que el caso señale  
reedificando la iglesia  
que levantara su padre.  
Apénas cuenta tres años  
en las Asturias reinante,  
cuando ya se oye su nombre  
victorioso en el combate.  
El-djihed, contra su Reino,

audaz levanta el alfange,  
y empeña á Isem la palabra  
de alzar sus armas triunfantes.

¡Falsa esperanza del moro!  
Sangre agarena á raudales  
riega la fértil campiña  
de las cristianas ciudades.

Alfonso fija la gloria  
del asturiano estandarte,  
y huye medrosa á su campo  
la mahometana falange.

Mas los vasallos de Alfonso  
¿recordarán sus bondades?

¿seguros ya de su triunfo,  
ninguno habrá de envidiarle?

Sí; contra el Rey valeroso,  
hierve un oculto coraje,  
fuerte, cuanto es comprimido,  
cuando á los hechos se lance.

Fundados en la amistad  
que á Carlo-Magno consagre

Alfonso, que con la hermana  
de aquel Rey fija su enlace;

y acaso fingiendo lástima  
por los amargos pesares,

que llora en un monasterio  
Doña Jimena, culpable

de unir con el de Saldaña  
las nobles armas reales;  
pues que en secreto la Infanta  
unióse al Conde su amante;  
los conspirados se arrojan  
á sus proyectos fatales  
para Alfonso, que cautivo,  
sabe sufrir sus ultrajes.  
Pero es anuncio de dichas  
la intensidad de los males.  
Capitaneados por Teuda,  
sus fieles van á librarle  
del cautiverio; y Alfonso  
vuelve en su trono á sentarse.  
Desde este nuevo reinado  
disfruta Oviedo su ensanche.  
Las iglesias, los palacios,  
los baños, los tribunales,  
son obras de este Monarca;  
pues no fué llamada en balde  
*fundacion del Rey Alfonso,*  
la ciudad en que habitase.  
Él la eleva á episcopal;  
y el godo Adulfo reparte  
la bendicion del obispo  
sobre sus bravos secuaces.  
Pero áun quiere la fortuna

con más dichas adornarle.  
El año ochocientos ocho  
descubre Flavia el paraje  
que del Apóstol Santiago  
conserva el santo cadáver.  
Sobre el sagrado sepulcro  
construye Alfonso la nave  
de una iglesia, que en sí guarda  
la destrucción del alarbe,  
pues es de entónces « ¡Santiago! »  
la invocacion del combate.  
Los gallegos, impelidos  
por la fé, cruzan los valles,  
y ocupan ciegos de arrojó  
los campos meridionales,  
á donde nunca, hasta entónces,  
pudo el cristiano arrojarse.  
El Rey Alfonso, en señal  
de este suceso notable,  
consigue por Carlo-Magno  
que Leon tercero le agracie,  
y á la iglesia de Santiago  
la silla de Iria traslade.  
Entre las muchas victorias  
con que el cristiano se ornase,  
figura la de Galicia  
contra los dos generales

de las tropas de Al-Kakem,  
nominados Melic y Alavez.  
Pasado el Duero, dividen  
su ejército formidable,  
para que por dos caminos  
hasta Mondoñedo marche.  
Pero Alfonso, comprendiendo  
la astucia de que se valen,  
á un tiempo sobre ambas fuerzas  
potente en sus iras cae;  
y vence al moro, que pierde  
sus dos jefes en el lance.  
Triunfo no ménos llorado  
por la morisma implacable,  
que el obtenido en Asturias  
contra el temible Mugaiz,  
á quien el Rey cordobés  
fió la gloria del ataque.  
Cuando el esforzado Alfonso,  
en sus estrategias hábil,  
logró al ejército infiel  
en un pantano arrollarle,  
donde, con Mugaiz, murieron  
setenta mil musulmanes.  
¡Alfonso, ejemplo de reyes!  
no es á tu esfuerzo bastante  
las ya cantadas victorias

con que tu fama sentaste!  
¡Aun el valor que te anima  
grita á tu orgullo «¡adelante!  
que armas infieles, esperan  
tu arrojo para humillarse!»  
Y marcha contra Lisboa;  
y el triunfo va de su parte:  
que entran venciendo en la corte  
de Portugal sus parciales;  
mientras en Francia resuena  
la gloria de hechos tan grandes.  
Mas no sólo en franca guerra  
realiza Alfonso sus planes:  
tambien le es dado que al crimen  
su fuerte planta avasalle.  
Mahamut, infiel poderoso,  
viene á esconder el ultraje  
que hizo al Rey Abdelrahman,  
y pide asilo, anhelante.  
Don Alfonso abre sus puertas  
al que pretende ampararse;  
y siete años, en Galicia,  
goza el moro sus bondades.  
Mas en Mahamut los favores,  
no bastan para obligarle:  
su sed de sangre cristiana  
traicion á traicion añade.

Llama moros en su ayuda,  
y al punto fortificándose  
en su castillo, nombrado  
de Santa Christina, invade  
en sus frecuentes salidas  
cuanto se pone á su alcance,  
ya cautivando cristianos,  
ya destruyendo heredades.  
El Rey Alfonso conoce  
su ingratitud, aunque tarde;  
y pone sitio al castillo  
donde alienta sus maldades.  
Pero la espada de Alfonso  
triunfa del tigre salvaje,  
y con Mahamut, siembra el campo  
de mahometanos cadáveres,  
llegando á cincuenta mil  
los que allí vierten su sangre.  
En las sombras del olvido  
mil glorias de Alfonso yacen.  
Mas la mano de los tiempos  
traza con signos brillantes  
el nombre de Alfonso el *Casto*  
sobre sus ricos anales.  
El cielo quiso á este príncipe  
larga vida señalarle,  
y que más de medio siglo



sobre su trono imperase.  
Diéronle el nombre de *Casto*,  
los que le vieron librarse  
de los vicios, que en el hombre  
siempre hallaron débil cárcel.  
Y hasta tal punto este Rey  
fué de sus virtudes mártir,  
que no dejó descendientes  
que en su memoria se honrasen.  
En Diciembre de ochocientos  
cuarenta y dos, vió apagarse  
la existencia que á su patria  
rindió logrados afanes;  
y su alma voló al espacio  
de la vida perdurable





D. ALFONSO III.

# D. ALFONSO III,

EL MAGNO.

¡Alto! los gritos de victoria  
pretenden abogar ya ya  
vibrante y bravo cuando  
del campo destruyese.  
La confusión del combate  
podrá un momento arrojarse.  
Mas, yedra tan de las almas  
los sentimientos espantosa  
Así el doctísimo gobierno  
vuelve de fuera orgullo.

D. ALFONSO III.

XLIIII

# D. ALFONSO III,

## EL MAGNO,

¡Ah!... los gritos de victoria  
 pretenden ahogar en vano,  
 vibrante y hondo quejido  
 del corazón destrozado.  
 La confusión del combate  
 podrá un momento acallar!  
 Mas, yedra son de las almas  
 los sentimientos amargos!  
 Así el doliente guerrero  
 vuelve de flores ornado,

con el dolor en los ojos,  
aunque la risa en los labios.  
¡Trovador de los pesares,  
dáme notas de tu canto,  
y que ellas digan las penas  
de Alfonso tercero *el Magno!*  
que para cantar sus glorias  
ni hé menester mi entusiasmo;  
laureles pisan sus plantas,  
y sobra con señalarlos.  
En el año de ochocientos  
sesenta y seis, triunfa el bando  
que á D. Alfonso, muy jóven,  
designa el trono asturiano.  
Mas el conde de Galicia,  
por la ambicion dominado,  
quiere ceñir la corona,  
y entra en Oviedo triunfando.  
Empero, corto es el tiempo,  
de su poder usurpado;  
que aman los pueblos á Alfonso,  
y odian á Fraela el tirano.  
En breve luchan, colosos,  
por sus derechos preclaros.  
En breve, rotos los diques,  
torrente impetuoso y bravo  
lleva en sus aguas revueltas

la destruccion y el espanto.  
Con nuevo ardor en el trono  
colocan á Alfonso el *Magno*;  
no sin que á poco le inquieten  
nuevos ardides bastardos.  
Mas en Alava y Vizcaya,  
vence el poder soberano  
del Rey Alfonso; y humillan  
sus armas los sublevados.  
Jóven, en tales revueltas  
templa su aliento bizarro.  
Ya el año setenta y ocho,  
tercero de su reinado,  
toma en la guerra ventajas,  
y es de sus pueblos amparo.  
Sabido que Mohamed  
trama en Galicia un asalto,  
se apresta á hacerle imposible  
á su insolente conato;  
pero léjos de calmarle  
la nueva de que son naufragos  
los sarracenos, que en balde  
contra las olas lucharon;  
corre, sediento de glorias,  
á conquistarles su campo.  
Toma á Salamanca, siembra  
por Lusitania el estrago,

sitia á Coria; y si no puede  
fijar en ellas el mando,  
torna, en fé de sus proezas,  
con los infieles esclavos.  
Pero despues de sus triunfos,  
¡qué de continuos cuidados!  
Las intestinas discordias  
nuevo vigor van tomando.  
No basta que de Garsea,  
que arrogante en su condado  
se halla imperando en Pamplona,  
quiera esconder el agravio;  
ni que á su causa le agregue,  
ascendiendo al régio tálamo  
á Doña Jimena, hija  
del conde galo-navarro!  
Junto á su trono pululan  
mil encubiertos contrarios;  
y en medio de sus grandezas,  
está su poder minado.  
Los enemigos de Alfonso  
son sus amigos más caros,  
sus servidores, sus deudos,  
y hasta sus propios hermanos!  
Los que debieron prestarle  
seguridad, con su brazo,  
aquellos por cuya gloria



venció el poder otomano,  
los mismos son, que traidores  
la muerte del Rey juraron,  
¡Qué mucho que al comprimir  
el fuego oculto en sus manos,  
la clemencia del Monarca  
saltara rota en pedazos!  
Sus hermanos Veremundo,  
Froilan, Nuño y Odoario,  
de las eternas tinieblas  
van á habitar los espacios;  
pues por castigo de Alfonso  
son de la vista privados.  
Mas Veremundo, aunque ciego,  
de la prision huye salvo,  
y se establece en Astorga  
como único soberano,  
dándole ayuda los moros,  
con Don Alfonso irritados.  
Pronto la voz de la guerra  
furor enciende en los ánimos,  
y otra vez va la fortuna  
de parte de los cristianos;  
pues despues que en varias luchas  
vieron su triunfo logrado,  
al penetrar en Galicia  
Mondhir, su afan temerario

castiga con mano fuerte  
Don Alfonso, y en el tránsito  
del rio Sahagun, los infieles  
su atrevimiento pagaron.

Por la horrorosa sequía  
del año setenta y cuatro,  
ambas tropas suspendieron  
sus militares conatos.

Hasta que ya trascurridos  
de este conflicto dos años,  
vuelve el Mondhir á Galicia,  
aunque tambien por su daño;  
pues persiguiéndole el Rey  
por los agarenos campos,  
toma el castillo de Lanza,  
sella en Atienza su paso,  
y á los moros de Coimbra  
despoja de sus Estados.

En Braga, Oporto y Viseo,  
Auca, Emini y otros varios,  
vencen las armas de Alfonso;  
y Abul-Walid, apresado,  
le entrega mil sueldos de oro,  
de su persona en reemplazo.

Mas del Mondhir no es posible  
domar el carácter bravo;  
por recobrar á Zamora

sus golpes descarga en vago;  
que á proteger sus murallas  
contra el furor africano,  
vuelan los fieles de Alfonso;  
y allí con la muerte, caro  
pagan su arrojo impotente  
los vencidos mahometanos.  
Aun más: el casual encuentro  
junto al sitio nominado  
Polvoraria, sobre el rio  
Orbigo, causa el quebranto  
de la morisma, que pierde  
más de quince mil soldados.  
Para contar las derrotas  
y los sucesos infaustos  
que causan de los infieles  
el notable descalabro,  
falta la voz en el pecho;  
que son los laureles tantos,  
con que adornó la corona  
de Asturias Alfonso el *Magno*,  
como las treguas que el árabe  
solicitó de su agrado.  
En el año ochenta y uno  
tomó Alfonso á Nepza, entrando  
sin contraresto hasta cerca  
de Sierra-Morena. Un pacto

de nueva paz deja al Rey  
poseyendo, entre otros varios  
pueblos, á Toro, Simancas  
y Zamora. En el peñasco  
que majestuoso se eleva  
junto al Océano Cantábrico,  
construye Alfonso el castillo  
de Gauzon; y aunque fué blanco  
del tiempo, son aún sus muros  
páginas de aquel reinado.  
Entre infinitas batallas,  
merece especial relato  
la que sostuvo en las tierras  
de Zamora, provocado  
por el infiel. Cuatro días  
de continuos descalabros,  
pudieron vencer la furia  
de los árabes, que al cabo  
se huyeron despavoridos,  
los pocos que no dejaron  
con la sangre de sus venas  
su infiel pabellon manchado.  
Y ya en novecientos siete  
colmára Toledo el lauro  
del Rey, si la enorme suma  
que los moros le entregaron,  
no apaciguase del héroe

los ímpetus temerarios.  
Mas nunca vuelve á su corte,  
de victorias coronado,  
sin que punzantes pesares  
en él ensañen sus dardos.  
Quizá en el rudo combate  
vertió en secreto su llanto,  
viendo que ansiada es su muerte  
por corazones ingratos.  
Quizá al tornar de las lides  
severo fué, mal su grado,  
y en Witiza y Sarracino  
templó la hiel del agravio.  
Mas ya su fiera desdicha  
le impele al último paso:  
sus hijos son y la Reina  
los que al tumulto dan pábulo.  
Y desoyendo las voces  
del corazon, obligado  
se ve Alfonso á aprisionar  
en Zamora á su contrario,  
el príncipe Don Garcia,  
que aspira á ser coronado.  
Encierra á su hijo en los muros  
de Gauzon; mas sin embargo,  
la guerra civil estalla,  
y el Rey resuélvese al cabo

á abdicar en Don García,  
para evitar nuevos daños.  
Distribúyense los reinos  
en su ambicioso conato,  
quedándose Don García  
en Leon por soberano.  
Así, con Alfonso, acaban  
los propiamente llamados  
reyes de Asturias, que tantas  
grandes memorias dejaron.  
Despues de volver Alfonso  
peregrino de Santiago  
deCompostela, áun de nuevo,  
y por especial encargo  
de su hijo, contra el moro  
levanta el temible brazo,  
y es otra vez la victoria  
premio de sus hechos altos.  
Desnudo de las grandezas  
que un tiempo le cautivaron,  
sucumbe Alfonso, á la edad  
de cincuenta y ocho años,  
el de novecientos diez;  
y siendo cuarenta y cuatro  
los que rigió con su diestra  
los destinos del Estado.  
Á más de dar á su patria

la prez de sus nobles rasgos,  
dejóla escrita una crónica,  
más que apreciable trabajo,  
en tiempos en que las armas  
cifrabán todo el conato.  
¿Qué importa que el Rey Alfonso  
vaya al eterno descanso  
sin que su lecho de muerte  
se adorne con régio fausto?  
¿qué importa... si sus hazañas  
viven grabadas en mármol?







D. ALFONSO IV,

# D. ALFONSO IV,

EL MONGE.

Del Rey Don Alfonsso quarto  
voy á contar las desdichas  
que fueron muchas sus penas,  
y en corto tiempo sentidas.  
Novecientos veinte y uno  
era en el año la cifra,  
quando, por muerte de Fracis,  
Rey Don Alfonso se cria.  
Hijo de Odoño segundo,  
no ardó en sus vebras la misma



## D. ALFONSO IV,

### EL MONGE.

---

Del Rey Don Alfonso cuarto  
voy á contar las desdichas;  
que fueron muchas sus penas,  
y en corto tiempo sentidas.  
Novecientos veinte y cinco  
era en el año la cifra,  
cuando, por muerte de Fruela,  
Rey Don Alfonso se mira.  
Hijo de Ordoño segundo,  
no arde en sus venas la misma

sangre ambiciosa que alienta  
de sus hermanos la intriga.  
Falto del noble entusiasmo  
que, en ansia de las conquistas,  
lanzó á los otros Alfonsos  
contra la odiada morisma,  
el Rey, cuarto de su nombre,  
tan sólo la paz ansía,  
y en ella ocupa sus horas  
la contemplacion divina.  
El primer rasgo en que prueba  
sus intenciones benignas,  
es, revocando las órdenes  
por su anterior espedidas,  
por las que los dos obispos  
de Frominio y Leon vivian  
ausentes del patrio suelo,  
llorando en vano las víctimas  
que el Rey Fruela segundo  
hizo en sus tristes familias.  
Mas los pueblos, herederos  
de tradiciones muy ricas,  
sienten crecer en sus almas  
la voluntad comprimida;  
y en vez de Alfonso, pretenden  
monarca que, ardiendo en iras,  
allí les lleve, do puedan

vencer las tropas moriscas.  
Más de cinco años de enojos  
y de discordias continuas,  
muestran á Alfonso el reinado  
por que sus pueblos suspiran.  
Y acaso este hondo disgusto  
su ardor religioso aviva:  
que siempre en las amarguras  
vuélvese al cielo la vista,  
y torna el hombre á su Dios  
tras la esperanza perdida.  
Así, en novecientos treinta,  
el once de Octubre, fija  
Don Alfonso su mirada  
en las poderosas cimas  
donde la voz de la iglesia  
con lenguas de bronce habita;  
y abandonando á Ramiro  
la corona que ceñía,  
de simple monge, al convento  
de Sahagun se retira.  
Mas la soledad del cláustro,  
la oracion y las vigalias,  
acaso mil pensamientos  
desconocidos le inspiran.  
Quizá comprende, muy tarde,  
que la ambicion, enemiga

del justo, no es solamente  
lo que en los Reyes se anida.  
Quizá conoce que pesa  
sobre las frentes ceñidas  
por la corona, el deber  
de hacerse eterno vigía  
del progreso de sus pueblos.  
Y entónces, que ve perdida  
el monge Alfonso la santa  
mision que llenar debía,  
con el ardor del guerrero  
su antiguo puesto codicia.  
Desnúdase el tosco sayo,  
y hácia Leon se encamina.  
Mas su hermano el Rey Ramiro,  
que se prepara á la lidia,  
y en Zamora cruda guerra  
contra el Djafar pronostica,  
rencoroso por que el monge  
la real túnica se vista,  
marcha á Leon con su ejército,  
y en breve la plaza sitia,  
que poco tiempo resiste  
la doble fuerza enemiga.  
La furia del Rey Ramiro  
todo á su afan sacrifica;  
y á Alfonso arroja en la cárcel

miéntras su muerte realiza.  
Los hijos de Fruela, primos  
de Alfonso, en vano suplican;  
que el Rey receloso teme,  
y á Asturias su gente guia,  
dó Alfonso, Ordoño y Ramiro  
pagan su accion compasiva,  
viéndose presos y esclavos  
de aquel monarca homicida.  
El Rey Alfonso y sus primos,  
en la mazmorra mezquina,  
horrible y fiero tormento  
sufren en un mismo dia;  
y con sacarles los ojos  
cúbrese el Rey de mancilla.  
Así el monge Alfonso cuarto  
término encuentra á su vida,  
pues en el mismo convento  
de Sahagun, muy pronto espira.  
Los monges, sus compañeros,  
visten los aires de mirra,  
caminos por donde el alma  
vuela á recobrar su dicha.







D. ALFONSO V,

# D. ALFONSO V,

EL NOBLE.

Sempre diadema el casulla  
cuando en parte en le casis,  
y sobre su cuerpo fúndese  
flore la lengua deplora  
que el cielo se pone en ella,  
si en el nombre de la vida  
trastado se cuenta su vida,  
falta cuando el pensamiento  
surgen a lo inserto en el pato.



# D. ALFONSO V,

## EL NOBLE.

Siempre dichoso el caudillo  
cuando muere en la pelea,  
y sobre su cuerpo inerte  
flota la limpia bandera!  
Mas si es tan noble su causa  
que el cielo se goza en ella;  
si en el nombre de María  
tremoló su santa enseña;  
¡feliz cuando el postrimero  
suspiro á la muerte entrega!

Que Dios derrama en su tumba  
la bendicion de su diestra!  
Apénas de edad cinco años  
Don Alfonso el *Noble* cuenta,  
muerto Bermudo su padre,  
al régio trono le elevan.  
En el año novecientos  
noventa y nueve, la iglesia  
de Leon, Santa María,  
en sus bóvedas encierra  
los cantos que por la gloria  
de Alfonso quinto resuenan.  
La espléndida ceremonia  
se adorna con la presencia  
de obispos, grandes y nobles  
de Leon y Castilla, tierra  
de la que es conde Don Sancho,  
tio del Rey, que manifiesta,  
presente en el acto, el grande  
cariño que le profesa.  
Así es coronado Alfonso,  
bajo la justa regencia  
de la Reina Doña Elvira.  
De su direccion primera  
se encarga el Conde Gonzalez,  
que tan difícil tarea  
con Doña Mayor, su esposa,

parte á gusto de la Reina.  
Ya en este primer período  
las armas cristianas llegan  
á donde el moro enemigo,  
fiero amenaza la guerra;  
y en nombre del quinto Alfonso,  
Menendo Gonzalez lleva  
á unir con las de otros reinos  
sus fuertes tropas leonesas;  
siendo Calatanazor  
del árabe arrojado, mengua.  
Desde el reinado de Alfonso  
el quinto, crece en riqueza  
Leon; pues ya Doña Elvira,  
ya el Rey, libre de tutela,  
ambos levantan palacios,  
dan solares, y celebran  
pactos de edificacion  
de monasterios é iglesias.  
El provechoso gobierno  
de Alfonso, sólido impera;  
y en vano algunos rebeldes  
á la sedicion se aprestan;  
que sofoca el alzamiento  
con centuplicadas fuerzas.  
Tambien desde Alfonso quinto  
le es dado al clero que acrezca,

por sus muchos privilegios,  
por las donaciones régias,  
y ereccion de monasterios,  
una marcada influencia.  
Con la hija de Gonzalez,  
Doña Elvira, se festejan  
las bodas de Alfonso quinto,  
llamado el *Noble* en sus tierras,  
porque en su pecho se anida  
la generosa nobleza,  
y en su admirable figura  
viril encanto se muestra.  
De su bondad de carácter  
nacen las varias contiendas  
que entre él y el Conde su tío,  
ya en mil diez y siete reinan;  
pues pidiéndole hospedaje  
los hijos del Conde Vela,  
que temen del de Castilla  
reparacion de su ofensa,  
dáles Alfonso en su reino  
la seguridad que anhelan.  
Comprende el Rey de Leon  
de las leyes la escelencia;  
y deseando dar al pueblo  
sus garantías espresas,  
en mil veinte, es convocado,

bajo su real presidencia,  
el Concilio de Leon,  
que dicta tan sábias reglas,  
que aún en tres siglos despues  
rige vigente en su esencia,  
de los dichos *Buenos foros*  
la legislacion que encierran.  
Un suceso lamentable  
por sus tristes consecuencias,  
habla muy alto en favor  
de la religiosa idea,  
que Alfonso quinto inspirára  
con sus costumbres austeras.  
El moro Walí Abdalá  
en una escursion apresada,  
rica de dones celestes,  
á una cristiana doncella.  
Pronto en el pecho del moro  
la dulce llama se alienta  
de una pasion, que no empaña  
del casto amor la pureza.  
Por un soldado cautivo  
sabe la real procedencia  
de aquella hermosa cristiana,  
que su cariño desprecia,  
y es de Don Alfonso quinto  
la hermana Doña Teresa.

Cuantos dolientes suspiros  
lanza el hijo del Profeta;  
cuantas lágrimas arrojan  
sus ojos, que amor anega,  
vanos son; que sus favores  
contra el diamante se estrellan  
del corazon de la infanta,  
lleno de santas creencias.  
Y no es que el afan del moro  
su alma virginal ofenda;  
que es el cariño tan puro,  
que le enmudece la lengua.  
No es tampoco que la infanta  
sensible al amor no sea;  
que Dios prestó á la mujer  
su cariñosa terneza.  
Es que aquel pecho cristiano  
contra el infiel se rebela.  
Y Abdalá, sin esperanza,  
devuelve á Doña Teresa.  
Mas, áun sin mancha ninguna,  
inquieta está la conciencia  
de aquella infanta, y esposa  
de Jesuscrito, se encierra  
en San Pelayo, convento  
que se restaura en esta época.  
A la Iglesia de San Juan,



de este monasterio cerca,  
traslada Alfonso los restos  
de los reyes, que en diversas  
sepulturas esperaban  
esta honrosa providencia;  
y es de Bermudo el cadáver  
estraido de Villabuena.

Mas ya que al reino de Alfonso  
ningun temor impacienta;  
ya engrandecida la corte,  
ya las discordias serenas,  
siente' el monarca en su pecho  
la ardiente sangre guerrera,  
y en reconquistar las plazas  
á los árabes se empeña.

El año mil veintisiete  
la justa lucha comienza;  
y pasando el Duero, cruza  
por las tierras agarenas,  
hasta llegar á Viseo,  
cuyas murallas asedia.

Mas el dia cinco de Mayo,  
cuando ordenaba las fuerzas  
para arrojarse en la plaza,  
que le cerraba sus puertas,  
el brazo enemigo, oculto,  
clava en Alfonso una flecha,

que en su cuerpo, sin coraza,  
su acerada punta ceba.  
El espanto de tal muerte  
su ejército desordena;  
y libres quedan los moros  
del sitio que les inquieta.  
Veintisiete años y medio  
en Leon Don Alfonso reina;  
y la gloriosa corona  
á su hijo Bermudo deja.  
¡Siempre dichoso el caudillo  
cuando muere en la pelea,  
si en el nombre de María  
tremoló su santa enseña!  
¡Que Dios derrama en su tumba  
la bendicion de su diestra!



# D. ALFONSO VI,

EL BRAVO.



## D. ALFONSO VI,

EL BRAVO.

---

Rey soldado, que á tu espada  
debiste glorioso puesto;  
Monarca llamado el *Bravo*  
por los que tu arrojo vieron;  
perdona si de tu historia  
pretendo arrancar el velo,  
dando una muestra muy débil  
de tu poderoso genio.  
Cuando al real panteon  
baja Fernando primero,

en sus cinco descendientes  
deja dividido el reino.

Así, Sancho es proclamado  
Rey del castellano suelo,  
Don García, de Galicia,  
el príncipe Alfonso sexto  
ciñe en Leon la corona,  
Doña Urraca reina dentro  
de Zamora, y Doña Elvira  
en Toro ejerce su imperio.

En tanto la ilustre viuda  
de Fernando, con su ejemplo  
consigue que entre sus hijos  
exista el mútuo respeto,  
reprímese la codicia  
que de Sancho embarga el pecho,  
y hasta un fraternal cariño  
parece vivir entre ellos.

Mas pronto la Reina madre  
duerme de la muerte el sueño;  
y airados crecen de Sancho  
los comprimidos deseos.

Castigada su codicia  
por la division del reino;  
y queriendo unir en uno  
los mal anhelados cetros,  
declara á Alfonso la guerra,

y sus huestes dirigiendo,  
prueba, en mil sesenta y ocho,  
la vehemencia de su empeño,  
en Llantada, junto al río  
Pisuerga, donde deshechos  
ve á los soldados de Alfonso,  
que puede salvarse huyendo.  
Mas á pesar de este triunfo  
no logra Sancho su anhelo;  
y la fratricida lucha  
queriendo emprender de nuevo,  
marcha, en mil setenta y uno,  
con su numeroso ejército,  
llevándole hasta las tierras  
de Leon, su osado intento.  
Mas esta vez D. Alfonso,  
engruesado con refuerzos  
del de Galicia, le espera  
valiente como sereno;  
y el día quince de Julio,  
en el muy notable encuentro  
cerca de Valpellar, triunfa  
del castellano soberbio.  
¡Digna es á fé la victoria  
del bravo leonés guerrero!  
pero de la suerte adversa  
no se ha apurado el veneno.

Cuando la aurora se estiende  
sobre aquel campo sangriento,  
furioso Sancho realiza  
del Cid el sagaz proyecto,  
y contra los vencedores  
lánzase audaz con sus restos.  
La traicion de los vencidos  
ceba su encono sediento  
en las descuidadas tropas  
del Rey Don Alfonso sexto;  
y en breve es el mismo príncipe  
de Don Sancho prisionero.  
Gime en la cárcel de Búrgos,  
presa de amargos tormentos,  
el que, destronado, arrastra  
las penas del cautiverio.  
Y acaso fuera más triste  
su suerte, si el desconsuelo  
de Doña Urraca, su hermana,  
no hallára en Don Sancho el eco  
que agitando su conciencia,  
calmára el resentimiento.  
Por lo tanto, es Don Alfonso  
trasladado al monasterio  
San Facundo y Primitivo,  
en Sahagun, habiendo hecho  
renuncia de la corona,



y votos en el convento.  
En la forzosa clausura  
vive el Rey por algun tiempo;  
mas luégo, de Doña Urraca  
llevando á cabo el proyecto,  
va disfrazado á ampararse  
del Rey moro de Toledo,  
hallando en Yahya-el-Mamun  
gracioso recibimiento.  
En el ínterin, Don Sancho,  
que no cede de su empeño,  
se arroja á donde la suerte  
castiga su atrevimiento.  
Ya Rey de Leon, consigue,  
sin arriesgar grandes medios,  
entrar reinante en Galicia;  
mas no halagado con esto,  
sus armas lleva á Zamora,  
y en ella intenta el asedio.  
Pero es el pié de sus muros  
sepulcro de su ardimiento;  
pues saliendo de la plaza  
Vellido Dolfos, certero  
y de improviso, en Don Sancho  
clava su lanza, volviendo  
salvo á la ciudad sitiada,  
entre el pasmo del ejército.

Doña Urraca al Rey Alfonso  
noticia en breve el suceso.  
Y ya en mil setenta y tres  
ocupa el trono de nuevo,  
Alfonso, no sin que abata  
su orgullo de caballero,  
la *Jura en Santa Gadea*,  
donde pronuncia su acento  
ante el Cid, no haber tenido  
parte por ningún concepto  
en la muerte de Don Sancho:  
Pero Don García, vuelto  
de una prision á Galicia,  
se cree con mejor derecho  
que Don Alfonso á llamarse  
del Rey Don Sancho heredero;  
y con las armas pretende  
probar sus merecimientos.  
Empero, pronto García  
vuelve impotente á su encierro,  
donde es tratado por orden  
de Alfonso con fausto régio,  
hasta el veinte y dos de Marzo  
de mil noventa, en que el cielo  
quiso que de su existencia  
lanzase el último aliento.  
Don Alfonso á su valor

une el cariño á sus pueblos,  
la fé santa, la justicia,  
y el siempre vehemente anhelo  
de las dichas de su patria.  
Á los ya nombrados reinos  
de Leon, Castilla y Galicia,  
añade la Rioja, siendo  
por él mismo desmembrada  
de Navarra; toma asiento  
en Calahorra, y se apodera  
de la ciudad de Toledo,  
el veinte y cinco de Mayo  
de ochenta y cinco; venciendo  
la fortaleza, despues  
de varios ataques diestros,  
en que siempre fué su espada  
azote del agareno.

Alfonso, por los servicios  
que recibiera en un tiempo  
de Yahya, deja que su hijo  
marche á Valencia sin riesgo.  
Establécese la corte  
de Alfonso el *Bravo*, en Toledo;  
deja en manos de la Reina  
las riendas de su gobierno;  
y parte á Leon, de donde  
vuelve á ahogar el clamoreo

que el arzobispo Bernardo, le am  
con su católico celo, el  
causa tornando en iglesia  
la mezquita, en el silencio  
de la noche, y á la vez  
de un golpe sustituyendo  
con el breviario romano  
del mozarabe los rezos.  
Sin número las ciudades  
son que toma Alfonso sexto;  
y entre ellas, Madrid, Lisboa  
y Cuenca caen bajo el peso  
de treinta y nueve batallas  
contra el infiel agareno,  
en las que el Rey, casi siempre,  
ve victorioso su acero,  
Mas ya sus horas de vida  
prometen llegar al término;  
y desconsolado Alfonso  
de que un príncipe guerrero  
no pueda heredar la gloria  
de sus heróicos portentos,  
pues que el infante Don Sancho  
murió niño combatiendo  
por su Dios y por su patria  
en Uclés, con sacro fuego,  
á Doña Urraca, su hija,

viuda de Raimundo, y luégo  
de Alfonso el *Batallador*  
esposa, lega su régio  
mando de Leon y Castilla;  
y dispone que su nieto,  
Alfonso Raimundo, quede  
la Galicia poseyendo,  
ínterin Urraca ciña  
la corona de su abuelo,  
que ésta dejará en sus manos  
cuando su fallecimiento,  
si del Rey *Batallador*  
no hubiera algun heredero.  
El año mil ciento nueve  
fué el último en que se oyeron  
del Rey Don Alfonso el *Bravo*  
los siempre sabios preceptos.  
Fallece el treinta de Junio,  
en su cabeza imprimiendo  
los setenta y cuatro años  
de edad, el nevado sello.  
Es de su reinado norma  
el patrio engrandecimiento:  
fué protector de las casas  
religiosas, y el primero  
que usó en España el dictado  
de Emperador. A su esfuerzo

las ciudades y caminos  
de su tranquilidad debieron;  
y el renombre de valiente  
le dan sus gloriosos hechos.

Y dispone que su nieto,  
Alonso Ramirez, quede  
la Galicia poseyendo,  
interin Urtao con  
la corona de su abuelo,  
que ésta deira en sus manos  
cuando su fallecimiento,  
si del Rey Batallador  
no hubiera algun heredero.

El año mil ciento noventa  
fue el último en que se oyeron  
del Rey Don Alonso el Bravo  
los siempre sabios preceptos.

Fallece el veinte de Junio,  
en su caxa imprimiendo

las setenta y cuatro años  
de edad, el nevado sello.

Es de su reinado norma  
el patrio engrandecimiento;

Fue protector de las casas  
religiosas, y el primero

que usó en España el dictado  
de Emperador. A su estatuto

# D. ALFONSO VII,

EMPERADOR.

Sol del rudo pensamiento,  
procura verás mi espíritual  
No al pobre cantor escure  
niegues la cruz divina.  
Dá forma si al entusiasmo  
dá vigor al pecho mío,  
y sobre el séquito Alfonso,  
establece tu herencia eterna.  
El hijo de Alfonso está,  
el de Doña Urraca hijo,

los pueblos y ciudades  
de tranquilidad de  
y de reposo de  
de los señores de

# D. ALFONSO VII.

EMPERADOR.



## D. ALFONSO VII,

EMPERADOR.

Sol del raudo pensamiento,  
procura irradiar mi espíritu  
No al pobre cantor oscuro  
niegues tu rayo divino.  
Dá formas á mi entusiasmo:  
dá vigor al pecho mio;  
y sobre el sétimo Alfonso,  
estiede tu hermoso disco.  
El nieto de Alfonso sexto,  
el de Doña Urraca hijo,

el sétimo de su nombre,  
que la religion de Cristo  
lleva á las rudas ciudades  
del agareno vencido,  
el que Conde de Galicia  
se apellida, siendo niño,  
el año mil ciento doce  
sube á Rey de sus dominios.  
En vano el Rey de Aragon,  
esposo de Urraca, quiso  
con la corona de Alfonso  
acrecer su poderío;  
en vano, en recio combate,  
oyendo su afan indigno,  
de hacerse dueño de Alfonso  
trata con dañado ahinco;  
que Dios protege su vida  
por mano del fiel obispo  
de Santiago, que á su Rey  
liberta de aquel peligro:  
Anulado el matrimonio  
de Urraca con el caudillo  
aragonés, por el Papa  
Pascual segundo; provisto  
de justo temor el ánimo  
de la Reina, busca asilo  
contra el formidable brazo

del *Batallador*, consigo  
llevando al reino gallego  
ocasion de mil conflictos,  
que su ambicioso carácter  
forma en el país amigo.  
Al lado de Alfonso sétimo  
agrúpanse sus adictos,  
y llevando por las tierras  
castellanas su heroísmo,  
son represalias de Alfonso,  
entre otros pueblos rendidos  
á su valor, Salamanca  
Avila y Segovia. El brillo  
de las armas de Galicia,  
cada batalla más limpio,  
templa el furor de la Reina,  
que al frente de su aguerrido  
ejército, con derrotas  
sufre su justo castigo.  
La estrella que á la victoria  
conduce el genio atrevido  
de Alfonso sétimo, luce  
con su fulgor diamantino.  
Las sombras de los Alfonsos,  
que fueron en gloria ricos,  
piden al sétimo cuenta  
de los laureles ceñidos.

Todos esperan del joven  
monarca grandes designios,  
nuevo esplendor en sus armas,  
nueva prudencia en su juicio.  
Y en efecto, á poco tiempo  
de recibir complacido  
á Doña Urraca en Galicia,  
la presta su fuerte auxilio,  
recobrando varios puntos  
de su corona, invadidos  
por el Rey *Batallador*.  
Pero tantos beneficios  
paga Urraca con disturbios;  
y otra vez el Rey vendido,  
alza sus armas triunfantes,  
sitiándola en su castillo  
de Leon, donde obligada,  
refrena el guerrero brio,  
llegando á capitular  
con su agresor decidido.  
En mil ciento veinte y seis  
exhala el postrer suspiro  
la Reina Urraca en Leon;  
y Alfonso es reconocido  
Rey de Leon y Castilla.  
En esta cae de improviso  
sobre los distintos puntos

al Rey de Aragon sumisos,  
que en breve acatan el mando  
de su monarca legitimo.  
Al fin señala una aurora  
el dia que Alfonso, vencidos  
los gallegos descontentos,  
goza su imperio tranquilo  
en Leon, Asturias, Galicia,  
Toledo y Castilla; cinco  
reinos siempre disputados.  
Por eso á su real sobrino  
envidia Doña Teresa  
de Portugal, de tan díscolo  
carácter como su hermana  
Doña Urraca; y advertido  
Alfonso de que en Galicia  
se interna, corre en alivio  
de sus pueblos, y la arroja  
á sus Estados vecinos,  
vengando la justa ofensa  
en los campos enemigos.  
Ya vencedor en mil lides,  
Alfonso siente el vacío  
de una esposa, que á su trono  
dé frutos de su cariño.  
Mas apenas este príncipe  
con Berenguela se ha unido,

pone á sus puros placeres  
el de Aragon entredicho,  
declarándole una guerra,  
á la que acude solícito;  
si bien pronto la terminan  
sin sangre los dos caudillos.  
Mas despues, el de Aragon  
estando comprometido  
en lucha con la Gascuña,  
pone Don Alfonso sitio  
á Castrojeriz, que rinde ;  
y audaz hubiera seguido  
sus escursiones, si el Conde  
de Portugal, agresivo  
contra Galicia, no hubiera  
llamado de Alfonso el brio,  
que va á templar la arrogancia  
del nuevo Conde su primo.  
Muerto Alfonso de Aragon,  
por el funesto destino  
que en la jornada de Fraga  
ahogó su ardor decisivo,  
ocupa Alfonso lo poco  
que faltaba á sus dominios.  
Convoca Córtes en Leon,  
y ante ellas ostenta el título  
de Emperador; consiguiendo

verse con feudo asistido  
de García, Rey de Navarra.  
En mil ciento treinta y cinco  
divide los cinco reinos  
en los príncipes sus hijos  
Fernando y Sancho; si bien  
son por su padre regidos  
veintidos años, que marcan,  
con su régimen activo,  
en la pública riqueza  
mil abundantes caminos.  
Entre los hechos que á Alfonso  
coronan guerrero invicto,  
es la toma de Almería  
contra fieros berberiscos  
piratas, que amedrentaban  
con su pillaje continuo  
las costas de España, Francia  
é Italia, rasgo muy digno  
de ocupar en la memoria  
de las naciones un sitio.  
Mil ciento cuarenta y siete  
fué el año de este prodigio;  
al que con sus contingentes  
contribuyeron reunidos  
todos los cristianos príncipes,  
presas de iguales peligros.

A los nueve años, despues  
de haber al moro abatido  
talando en Andalucía  
ciudades y campos, quiso  
envidiosa de su acero  
la muerte, cortar los ímpetus  
del monarca, para dicha  
del suelo patrio nacido.  
Una destructora fiebre  
ceba su imperio maligno  
en Alfonso, que á otras luchas  
iba á dar feliz principio.  
Muere el veintiuno de Agosto  
en Fresneda, ya cumplidos  
cincuenta y nueve años, cuando  
termina los treinta y cinco  
de su paternal gobierno,  
en brazos del más querido  
de sus hijos, Don Fernando;  
recibiendo del obispo  
de Toledo, con cristiana  
devocion, el santo auxilio.  
En tiempos de este gran Rey  
no halló la maldad abrigo;  
y aunque siempre con los suyos  
fué Don Alfonso benigno,  
nunca, con mano de hierro,



dejó de oprimir el vicio.  
Fundó algunos monasterios,  
aumentando el poderío  
de los que eran ya existentes,  
del orden de San Benito.  
Además, este monarca  
convocó el sexto concilio  
de Compostela, el primero  
de Búrgos, con los distintos  
de Valencia, Salamanca,  
Valladolid, y el habido  
en la ciudad de Toledo,  
undécimo en el guarismo.  
Con Navarra y Aragon,  
dieron párias al prestigio  
de este Rey, la mayor parte  
de los príncipes moriscos.  
Las sombras de los Alfonsos,  
que fueron en glorias ricos,  
al dar el sétimo cuenta  
de los laureles ceñidos,  
quizá orgullosas vertieron  
lágrimas de regocijo.





D. ALFONSO VIII.

# D. ALFONSO VIII,

EL DE LAS NAVAS DE TOLOSA.



## D. ALFONSO VIII,

### EL DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

---

No siempre males anuncia  
la pena que el pecho ahoga;  
que tras de lóbrega noche  
despunta risueña aurora;  
y allí donde la matanza  
con sangre los campos moja,  
allí, por el sol enjutos,  
vierten su esencia las rosas.  
Futuras dichas sonrien,  
en tanto el dolor destroza;

que dió el cielo á la esperanza  
misiones consoladoras.  
Por eso el príncipe Alfonso,  
que octavo los tiempos nombran,  
al verse de edad muy tierna,  
débil juguete, en las olas  
de los turbulentos mares  
de ambiciones y discordias,  
quizá instantes á sus ojos  
la preñada nube rota,  
vió que el ángel de su guarda,  
vestido de reales pompas,  
con su trono le promete  
glorioso sitio en la historia.  
Mil ciento cincuenta y ocho  
fué el año en que Alfonso llora,  
húerfano del Rey Don Sancho,  
esas lágrimas preciosas,  
que Dios concede á los hijos,  
de los padres en memoria,  
para que, flores del alma,  
vistan de encanto sus losas.  
Sobre Ruiz de Castro pesa  
del príncipe la custodia,  
cuando éste cuenta tres años  
de su infancia borrascosa.  
Conservando los empleos

en el reino, las personas  
que á gusto del Rey Don Sancho  
los ejercieran con gloria;  
levántase Don Manrique  
de Lara, con la ambiciosa  
idea de gobernar,  
miéntras la régia corona  
descansa en la minoría  
de Alfonso octavo. Por obra  
pone sus viles proyectos,  
y el derecho que se arroga;  
y de aquí los dos partidos  
Castros y Laras se forman.  
Pero temiendo el de Castro  
los disgustos que se agolpan,  
abdica en García de Aza  
la tutela, y en mal hora;  
pues que deudo Don García,  
de Lara, con él se asocia  
para su empeño, muy grande,  
siendo su aptitud muy poca.  
Ya poseedor Manrique  
de la dicha que ambiciona,  
léjos de alabar en Ruiz  
la hidalga accion generosa,  
quiere privar de sus feudos  
á los Castros; pero estorba

su intento el Rey de Leon,  
que penetra con sus tropas  
por los campos de Castilla;  
mientras que ocultos en Soria  
los Laras, capitulando,  
se prestan á que recoja  
la direccion del gobierno  
Don Fernando, á quien abona  
el de Leon, y es sobrino  
y heredero de la honra  
del ya muerto Ruiz de Castro.  
De esta transaccion forzosa  
se burla Fuente Almejir,  
deudo de Lara, que roba  
al niño Alfonso; ocultando  
en San Estéban, la joya  
real, despues en Atienza  
y en Avila. La traidora  
accion enciende en Fernando  
justa saña poderosa;  
y por vengarse de Lara,  
varias plazas fuertes toma,  
Don Manrique con los suyos  
á recobrarlas se arroja;  
y al fin de una lucha larga  
en que sus fuerzas se agotan,  
sucumbe el mismo caudillo



sin conseguir la victoria.  
Mas ya cansados los pueblos  
de las luchas vergonzosas  
de los grandes, á su Rey  
la vista angustiada tornan;  
y á los ocho años de edad  
dan á su sien la corona.  
Ciento cincuenta caballos  
al tierno príncipe escoltan  
desde Avila á Toledo,  
ciudad donde el mando goza  
Don Fernando, ya ambicioso,  
con idea usurpadora.  
El fiel Estéban Illan  
interna á Alfonso, celosa  
y ocultamente en Toledo,  
y en la torre de su propia  
pertenencia dále abrigo;  
mientras que al aire tremola  
la castellana bandera  
sobre sus muros de roca.  
Inútilmente las fuerzas  
en confusion se amontonan  
para poder acallar  
las voces atronadoras  
que el nombre de «Alfonso octavo,  
Rey de Castilla» pregonan.

Los vecinos de Toledo  
celebran con fiesta loca  
la alegría que en sus almas,  
al ver al príncipe, brota.  
¡Grande castigo del torpe  
Fernando, cuando su obra,  
puente sobre el precipicio,  
á sus piés se desmorona!  
¡cuando ve que de sus lanzas  
el fiero filo se embota  
en la muralla animada  
del pueblo, que allí se agolpa,  
por gozar en la sonrisa  
de aquel niño á quien adora!  
Ya era tiempo que de Alfonso,  
cuna mecida en zozobras,  
llegara la dulce calma  
tras la tormenta horrorosa.  
Desde entónces el monarca  
tranquilo aguarda la hora,  
en que su mayor edad  
fuerzas en su brazo ponga.  
Y ya en mil ciento setenta,  
jóven guerrero, se apronta  
á causar con su ardimiento  
terror en las huestes moras.  
Despues de haber convocado

Córtes en Búrgos, que abogan  
por su enlace con Leonor  
de Inglaterra, se coloca  
con su ejército ante Cuenca,  
que de los arábes toma,  
con auxilio de Aragon,  
tras de una lucha penosa.  
Sigue ardiente en su proyecto  
de hostilizar sin demora;  
y á los moros andaluces  
los vastos campos asola,  
tomando á Sietfila. Luego  
que del botin se despoja,  
devasta el reino de Murcia,  
y en Alarcon enarbola  
la enseña cristiana, fuerza  
donde su valor se apoya.  
En mil ciento ochenta y ocho  
con la corona se adorna  
en Leon, Alfonso nueve,  
que al de Castilla convoca;  
y ambos por Sierra-Morena  
hasta Sevilla desfogan  
su furor, y sus ejércitos  
los campos moros destrozan.  
Mas la plausible alianza  
entre estos Reyes es corta,

por negarse el de Leon  
á que Alfonso octavo ponga  
obispo en Plasencia, afan  
que este Rey al cabo logra.  
En guerra con los Almohades  
el santo valor redoblan  
los soldados de Castilla,  
tomando á Alfonso por norma.  
En ciento noventa y siete,  
ya las iras poderosas  
entre Leon y Castilla,  
Alfonso octavo provoca  
al de Leon, que á oponerle  
se apresta su saña toda.  
Pero los dignos prelados  
sus intenciones sofocan,  
hasta el punto de que el Rey  
de Leon celebre bodas  
con la infanta Berenguela  
de Castilla. La aureola  
que el valor de Alfonso octavo  
con fuertes tintas colora,  
cada vez con nuevo ensanche  
mayor espacio aprisiona;  
pues dueños de Calatrava  
los castellanos, agostan  
las esperanzas del moro,

vacilante en sus derrotas.  
Pero el poderoso genio  
de Alfonso octavo recobra  
con sus triunfos nueva vida,  
y un vasto proyecto entolda  
la clara y limpia mirada,  
que al enemigo impresiona.  
Contando con cien mil hombres,  
por la real convocatoria  
que hiciera Toledo á todos  
los príncipes que atesoran  
la fé cristiana, del puerto  
Muradal se posesiona  
el año doscientos doce,  
el que á más peligros osa.  
Después de habido consejo,  
de un pastor la guía toman  
Diego Lopez y Romeu;  
y ladeando la escabrosa  
montaña, por una via  
desalojada y angosta,  
bien pronto consiguen verse  
en las Navas de Tolosa,  
donde llegan los cristianos  
silenciosos como sombras,  
por hallarse las gargantas  
preñadas de lanzas moras.

Descansa Alfonso en el campo,  
á la vista recelosa  
del arábe, que no entiende  
cómo en las Navas pernocta;  
y el dia diez y seis de Julio,  
cristianos y moros chocan  
en poderosa batalla,  
donde los Reyes imploran,  
los primeros en la liza,  
la proteccion misteriosa  
del Dios que enciende en sus pechos  
la noble virtud heróica.  
Cien mil cadáveres moros  
sirven á Alfonso de alfombra,  
que á más de quinientos mil  
soldados moros derrota;  
y ochenta mil prisioneros  
esperan misericordia,  
presenciando con respeto  
solemne *Te-Deum*, que entona,  
en el campo, el arzobispo  
de Toledo. Por la gloria  
que eleva á Alfonso gigante  
en las Navas de Tolosa,  
áun se viste de alegría  
la madre Iglesia católica,  
celebrando siempre *El triunfo*

*de la santa cruz.* Las joyas  
y el dinero del botín,  
producen suma cuantiosa,  
que engruesa las arcas reales  
y los Estados mejora.  
La pérdida del cristiano,  
aunque sensible, fué corta,  
en la inmensa proporción  
de esta batalla monstruosa.  
Al tercer día del triunfo,  
bajo la espada agresora  
de Alfonso octavo, Baeza  
la enseña del Rey adopta,  
Ubeda le abre sus puertas;  
nada su esfuerzo perdona;  
y es casi la Andalucía  
tributo de sus victorias.  
En mil doscientos y trece,  
temible á los campos torna  
de Andalucía, y sus plazas  
la resistencia fogosa  
deponen, ante el arrojo  
de las tropas vencedoras.  
En mil doscientos catorce,  
yendo á establecer concordia  
en Portugal, en el pueblo  
Gutierrez Muñoz, acosa

á Alfonso la enfermedad  
que sus esperanzas corta.  
En brazos del arzobispo  
de Toledo, se despoja  
de la vida, el seis de Octubre,  
y su cadáver reposa  
en Santa María de Huelgas,  
en Búrgos. La fama colma  
del Rey Don Alfonso octavo  
su pretension previsoras  
de educar á sus vasallos  
con condiciones más doctas;  
pues él en Palencia funda  
la Universidad, que asoma  
primera luz en la noche  
de aquella ignorancia, propia  
de tiempos en que la fuerza  
reinaba dominadora.  
Cuando ni Italia ni Francia  
fijaban aún su idioma  
en libros inteligibles,  
á las gentes sucesoras,  
ya la España poseía,  
entre otras obras preciosas,  
los escritos de Berceo,  
y la infancia de la glosa,  
que en el poema del Cid,



honra la lengua española.  
Dueño Alfonso de ciudades  
mozárabes, avalora  
monedas en caracteres  
arábigos, que se forjan  
entonces, y aún los Museos  
de España y París adornan.  
Sol que el árbol de la patria  
con bellos frutos colora,  
fué el Rey Don Alfonso octavo,  
*de las Navas de Tolosa.*





D. ALFONSO IX,

D. ALFONSO IX,

DE LEON.

D. ALFONSO IX.

DE LEON.

## D. ALFONSO IX,

### DE LEON.

Es imposible á mis cantos  
trazar distinto sendero;  
que en todos es una misma  
la condicion de los hechos.  
La prudencia en el mandato,  
el acierto en el consejo,  
la magnitud en los planes,  
el valor en los encuentros,  
los once Alfonsos de Asturias,  
Leon y Castilla, debieron  
igualmente á la escelencia

con que les dotara el Cielo.

Hasta el último sonido

de mi poco dulce acento,

por mucho que yo me esfuerce

para disfrazarle nuevo,

lo mismo habrá de deciros,

que os ha espresado el primero.

Amor religioso, triunfos,

proteccion para sus pueblos,

orgullo pátrio; hé aquí

los once Alfonsos diversos.

En mil ciento ochenta y ocho,

el Rey Alfonso noveno,

por muerte de Don Fernando,

obtiene de Leon el cetro;

á pesar de que estrañado

por Doña Urraca del reino,

hubo de temer triunfasen

de ésta los sordos manejos.

Con Alfonso de Castilla

une su cristiano empeño,

llevando á Sierra-Morena

sus lanzas, con feliz éxito.

Despues que tan noble liga

los dos monarcas rompiéron,

por considerar Alfonso

nueve, de poco provecho

á su obispado de Coria,  
del castellano el proyecto  
de erigir en obispado  
á Plasencia, busca léjos  
de Castilla algun apoyo  
contra su carácter bélico;  
y en Portugal, alianza  
forma con Sancho primero.  
Agriadas las disensiones  
de ambos Alfonsos, en ciento  
noventa y siete, á Leon  
lleva el denodado acero  
el Rey de Castilla. Alfonso  
de Leon sale á su encuentro;  
y al presentar la batalla  
los dos cristianos ejércitos,  
los prelados del Señor,  
llenando su ministerio  
de paz y de noble olvido,  
entre las armas pusieron,  
murallas de la conciencia,  
los fraternales respetos.  
Para que estas avenencias  
obtengan público sello,  
con la infanta Berenguela  
se enlaza Alfonso noveno,  
quedando del de Castilla,

por esta boda, más deudo,  
Mas á pesar de las paces,  
debidas á un gran esfuerzo,  
jamás en los dos Alfonsos  
reinára el más leve afecto.  
¡Desdicha para las armas  
cristianas, que ambos guerrerós  
no hubieran siempre lidiado  
juntos por nuestros derechos,  
contra la odiosa y durable  
invasión del agareno!  
¡Quién sabe á dónde eleváran  
los religiosos trofeos,  
jefes de una inmensa tropa,  
con el rencor en el pecho,  
con el triunfo en la costumbre,  
y con la causa en el cielo!  
Pero hasta de la familia  
quebróse el lazo entre ellos.  
Después que de Berenguela  
nació Fernando tercero  
el Santo, Inocencio, Papa,  
mandó al cardenal Raynerio  
dividiese el matrimonio  
real, por el parentesco  
existente. Cuantas súplicas  
al Santo Padre se hicieron,



cuantas razones de Estado  
se alegaron al efecto,  
otras tantas el Pontífice  
rechazó siempre severo.  
Y la infeliz Berenguela,  
guardando en el alma el tierno  
cariño á su real esposo  
y sus hijos, parte, lleno  
de amargura el corazón,  
para el castellano suelo.  
No obstante la nulidad  
del matrimonio, pudieron  
ser declarados legítimos  
los príncipes; conviniendo  
las Córtes en aclamar  
á Don Fernando, heredero  
y sucesor en el trono  
del Rey Alfonso noveno.  
En tanto los castellanos  
las fortalezas rindieron  
de los moros andaluces,  
los leoneses, en defecto  
de luchas con los infieles,  
sobre Portugal, hambrientos  
de victorias, precipitan  
sus rudos golpes certeros.  
Y cuando en doscientos doce,

Alfonso octavo, cubierto  
de laureles, en las Navas  
de Tolosa, ve su imperio;  
Don Alfonso de Leon  
tambien se engalana, dueño  
de plazas de la frontera  
de Portugal, á su ejemplo.  
El año doscientos trece,  
poniendo treguas por medio  
á su encono los Alfonsos,  
y las banderas uniendo  
en la empresa, aunque distintos  
en los ataques, muy diestros,  
en los árabes infunden  
lastimoso desaliento;  
quedando en esta jornada  
Alcántara bajo el peso  
del dominio leonés.  
Al año siguiente, muertos  
en Castilla Alfonso octavo  
y la Reina, se encendieron  
las intestinas discordias  
de una regencia sin freno;  
pues en las débiles manos  
de Berenguela, surgieron,  
por la ambicion de los grandes,  
conflictos por tanto tiempo,

que áun aprestára sus armas,  
en el año mil doscientos  
diez y siete, Don Alfonso,  
contra Fernando tercero,  
que, muerto el príncipe Enrique,  
se halla en Castilla rigiendo.  
Pero entre Alfonso y su hijo  
celebráronse convenios,  
que acallan pronto una lucha  
de tristes remordimientos.  
En mil doscientos y treinta,  
con los recientes trofeos  
conquistados á los moros  
por su infatigable celo,  
y habiendo tomado á Mérida,  
fallece Alfonso noveno  
en Villanueva de Sarria,  
camino del monasterio  
de Santiago de Galicia,  
donde con fervor sincero,  
iba á dar gracias á Dios  
por sus envidiables medros.  
En los cuarenta y dos años  
de su reinado benéfico,  
ganó importantes batallas,  
rindió decoro á los templos,  
y concediendo á la ciencia

desusado privilegio,  
fundó la Universidad  
en el año mil doscientos  
veintitres, en Salamanca,  
cuna de claros ingenios.  
Por su sencillo carácter,  
bondadoso hasta el extremo,  
no siempre libró su vida  
de pérfidos consejeros;  
y á un engaño lamentable  
debió sin duda el deseo  
de dejar á Doña Sancha  
y Doña Dulce el gobierno,  
perjudicando con ellas  
al príncipe primogénito.  
Mas los grandes de Leon,  
sus errores corrigiendo,  
aclaman á Don Fernando  
por Rey y absoluto dueño.  
Y de una vez para siempre  
queda en España sujeto  
á un solo Rey, el dominio  
de ambas tierras, cuyos hechos,  
hasta entónces y despues,  
graba la historia en el centro  
de las más hermosas páginas  
del español ardimiento.

D. ALFONSO X,

# D. ALFONSO X,

EL SABIO.

La lira de los dolores  
la voz a pena en sus cuerdas,  
ante el ruido brillante  
de las sonatas guerreras  
A ser vacío el espacio,  
que giran merced a la mano,  
se oyera el triste canto  
que exhala en plañir en su gozo.  
Royal... los pueblos se miran  
vestidos de oro en las fiestas.

D. ALFONSO X

## D. ALFONSO X,

### EL SABIO.

La lira de los dolores  
la voz apaga en sus cuerdas,  
ante el rüido brillante  
de las sonatas guerreras.  
A ser vacío el espacio,  
que gritos marciales llenan,  
se oyera el triste sonido  
que exhala un alma en su queja.  
Reyes!... los pueblos os miran  
vestidos de oro en las fiestas!

En la historia sólo hay trecho  
para escribir las proezas.  
¡Vuestros dolores!... acaso  
cantarlos puede el poeta;  
mas vive instantes su canto,  
cuando la historia es eterna!  
El veintitres de Noviembre  
del año que marca época,  
mil doscientos veinte y uno,  
en Búrgos la luz primera  
vió el príncipe Alfonso décimo,  
que por sabio se celebra.  
En el año mil doscientos  
cincuenta y dos, su grandeza  
ciñe la régia corona,  
del noble Fernando herencia.  
Hallándose sin recursos,  
por las continuadas guerras  
que, en tiempo del Rey Fernando,  
gastaron la real hacienda,  
sube al trono en la peor  
actitud que ser pudiera.  
Para levantar al reino  
de la angustiosa pobreza,  
se determina á aumentar  
el valor de la moneda;  
y con una baja ley,



acuña medallas nuevas.  
De aquí nace el descontento  
que al Rey Alfonso rodea;  
pues aumentándose el precio  
de las precisas materias,  
acrecen todos los sueldos,  
y el pueblo se considera  
víctima de un mal gobierno  
que sobre sus bienes pesa;  
sin comprender los trastornos  
que amagan á su existencia.  
Mucho ántes de que el Rey *Santo*  
su último aliento rindiera,  
para cortar de una vez  
las largas desavenencias  
de Don Alfonso y Don Jaime  
de Aragon, bodas concerta  
entre el príncipe y *Violante*,  
bella infanta aragonesa.  
Celebra este matrimonio  
Valladolid, en la fecha  
Noviembre de mil doscientos  
cuarenta y seis; pero alega  
á poco el príncipe Alfonso  
la esterilidad de aquella;  
y por esposa á *Cristina*  
pide al Rey de la Noruega.

Pero sólo era en Violante  
la infecundidad sospecha;  
y cuando llega á Toledo  
Doña Cristina, se arregla  
su enlace con el infante  
Felipe; pues que ya era  
madre la Reina Violante  
de la infanta Berenguela.  
Siete hijos más, el engaño  
de Alfonso décimo prueban;  
entre ellos Don Sancho el *Bravo*,  
que luégo al sόlio se eleva,  
y el príncipe primogénito  
Don Fernando *de la Cerda*,  
llamado así por nacer  
con una en la espalda. Cesan  
así los resentimientos  
de Alfonso con la princesa  
de Aragon, al par que nacen,  
para su mal, causas nuevas.  
Léjos de ser los disgustos  
con que á sus pueblos gobierna,  
motivo de que le ultrajen  
las naciones extranjeras,  
hasta tal punto es querido  
el nombre de Alfonso en ellas,  
que en el año mil doscientos

cincuenta y seis, con la oferta  
del imperio de Alemania  
su amor propio lisonjean;  
máxime cuando el influjo  
de Ricardo se atraviesa,  
príncipe inglés, auxiliado  
por Enrique de Inglaterra.  
Mas las nacientes discordias  
que ya en su reino le inquietan,  
estorban al Rey Alfonso  
que acepte en lejanas tierras  
nuevo poder, con que adorne  
la castellana diadema.  
Deseoso Alfonso *el Sabio*  
de dominar la aspereza  
con que sus vasallos juzgan  
sus precisas exigencias;  
seguro de que las tropas  
castellanas y leonesas  
pronto olvidan sus rencores  
en los triunfos de la guerra;  
y ambicionando añadir  
nuevas glorias á las viejas,  
si envejecen los laureles  
que el amor patrio conserva,  
en los campos andaluces  
la voz del combate suena,

y allí á sus bravos soldados  
ofrece por recompensa  
á Jerez, Arcos, Sidonia  
y Lebrija. Mas se empeña  
la infausta suerte de Alfonso  
en hostigarle sin treguas.  
Los goces de la victoria  
saboreados apénas,  
Teobaldo, Rey de Navarra,  
las alianzas renueva  
que con Jaime de Aragon,  
ántes su madre tuviera;  
y penetrando en Castilla,  
pide altanero la entrega  
de sus antiguas Guipúzcoa,  
Rioja, Alava y Briviesca.  
La audacia de aquel Rey mozo,  
para más dolor, alientan  
leoneses y castellanos,  
á quienes capitanea  
Lope de Haro, figurando  
del partido á la cabeza  
el hermano del monarca,  
Don Enrique. La violencia  
del bando toma incremento  
con la insurrecta nobleza;  
y vése Alfonso obligado

á concertar una tregua  
con Don Jaime de Aragon.  
Levántase contra ella  
el agareno enemigo,  
que á un mismo tiempo se arresta  
en Murcia, Lorca, Lebrija,  
Jerez y Arcos. La crudeza  
en los moros se desborda  
de tan estraña manera,  
que entre ellos mismos se traban  
ensangrentadas contiendas.  
El nombre de los Zegrís,  
que *fronterizos* espresa,  
en la historia de los árabes  
desde este tiempo se encuentra.  
Los honores que El-Ahamar  
á algunos de éstos rindiera,  
en los walis de Comares,  
Guadix y Málaga, engruesa  
la ponzoña de la envidia,  
y con sus lanzas se aprestan  
en pró del Rey Don Alfonso,  
talando á Granada. Miéntas  
estos moros auxiliares  
al Rey granadino asedian,  
la espada de Alfonso el *Sabio*,  
rayo que incendia la arena

de los campos del combate,  
del árabe recupera  
á Jerez, San Lúcar, Arcos,  
Sidonia y Lebrija. Quedan  
con tal arrojo los reinos,  
y tras de lucha tan fiera  
como larga, sosegados  
de las moriscas revueltas.  
En esta época de calma,  
con régia magnificencia  
celebrase el casamiento,  
en Búrgos, de la princesa,  
hija de San Luis de Francia,  
con Fernando de la Cerda.  
Hasta ahora el Rey Don Alfonso  
no ha probado la escelencia  
de los males que el destino,  
siempre airado, le reserva.  
Eternos dias de luto  
van á imprimirle su huella,  
¡Quiera Dios que el grato estudio  
que su pensamiento lleva,  
para gloria de sus pueblos,  
á los campos de la ciencia,  
temple, por más de un momento,  
la intensidad de sus penas!  
El año setenta y uno

asciende á la efervescencia  
el furor de los magnates,  
que en Castilla se rebelan.  
A las muy tristes noticias  
de que en Africa se ordena  
una armada contra España,  
se añade la inconveniencia  
de Alfonso de Portugal,  
que verse libre desea  
del homenaje que rinde  
á Castilla. La bandera  
de la insurreccion, sobre estos  
males, los nobles desplegan,  
que tratando de engruesarse,  
ciega ya su inteligencia  
por el enojo, pretenden  
interesar en su empresa,  
á más de otros aliados,  
á las tribus agarenas  
de Granada y de Marruecos.  
Hernan Perez, que se niega  
á esta union, para la España  
de tan tristes consecuencias,  
revela á Alfonso los planes  
que en los conspirados medran.  
A este tiempo, con Granada  
de nuevo la lucha abierta,

manda Alfonso á Don Fernando,  
para que el valor encienda  
en sus bravos hijos, ante  
la granadina caterva;  
en tanto que él, acudiendo  
á un peligro que le aterra  
por su trono y por su patria,  
en Búrgos Córtes celebra.  
Pero en lugar de aplacarse  
en sus largas conferencias  
el encono contra el Rey,  
por el contrario se arrecia;  
y el año setenta y dos,  
aquellas Córtes disueltas,  
los tres jefes de la liga  
al Rey de Granada llevan  
sus criminales intentos,  
para que les preste fuerza.  
Por fortuna el Rey Mohamed,  
hijo del que ántes lo era,  
en vez de patrocinarles,  
se redujo á la obediencia.  
Por entónces el Rey *Sabio*,  
que los males no recela  
que han de afligirle, realiza  
su viaje á Francia, y espera  
el imperio de Alemania,



miéntras en Castilla truena  
la tempestad, que á sus hijos  
en lluvias de sangre anega.  
Por descuido de Fernando,  
que en Búrgos Alfonso deja,  
mejoran sus posiciones  
los moros, y se conciertan  
los Reyes de varios puntos,  
encendiéndose una guerra  
que vive el tiempo que dura  
de Don Alfonso la ausencia.  
El jóven infante Sancho,  
que la investidura ostenta  
de arzobispo de Toledo,  
noble mártir, muere en ella.  
Hallándose Don Fernando  
en Villarreal, con fuerzas  
que organizaba para ir  
contra Andalucía, cesa  
en su empeño, sorprendido  
por la enfermedad, que deja  
huérfanos á sus dos hijos,  
Alfonso y Fernando. En esta  
desgracia, el segundo hijo  
del Rey Don Sancho, sustenta  
la ambicion de suceder  
á su padre. Con presteza

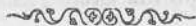
á las tropas de Castilla  
el infante se presenta;  
y comprendiendo el estado  
de los reinos, nueva senda  
traza con un feliz éxito  
á la cristiana defensa.  
En breve al bravo Don Sancho  
los castellanos respetan,  
y cada vez ménos fieles  
al Rey Alfonso, quisieran  
ceñir á la sien de Sancho  
la castellana diadema.  
Apénas Alfonso el *Sabio*  
en sus territorios entra,  
atiende al bien de su patria,  
con Jusef tratando treguas.  
Las ambiciones de Sancho,  
que á sus dos nietos relevan  
de la sucesion al trono,  
sus pesares acrecientan;  
y aunque niégase, resuelto  
defensor de la inocencia  
de aquellos dos pobres niños,  
á la pretension directa  
que, por medio de Don Lope  
de Haro, Don Sancho le hiciera;  
por las Córtes de Segovia,

contra su intencion, se acuerda  
que del príncipe Don Sancho  
mejor el derecho sea.  
Después de varios conflictos  
provocados por la Reina,  
por la madre de los niños,  
por sus protecciones régias  
en Francia y en Aragon,  
y por alianzas diversas  
de Sancho, cansado Alfonso  
de tantas y tantas brechas,  
en su amante corazón  
por las traiciones abiertas;  
mas sin perder la esperanza  
de realizar sus ideas,  
conquistándose el aprecio  
por sus hazañas guerreras,  
otra vez contra los moros  
una expedicion intenta,  
y otra vez sin más recursos  
que el de acuñar sus monedas,  
poniéndole en planta, pierde  
por completo su influencia.  
Resueltamente Don Sancho  
contra su Rey se rebela,  
auxiliado en Portugal  
y en Navarra. Y á presencia

del mismo infante, las Córtes  
de Valladolid veneran  
sus pretensiones injustas,  
y á unánime voz acuerdan  
que ocupe el trono de Alfonso.  
Este Rey, que desespera  
de acallar por otros medios  
la insurreccion manifiesta,  
maldice á Sancho en Sevilla,  
y al Santo Padre interesa,  
Martin cuarto, que á los grandes  
confunde con su anatema.  
De nuevo duros conflictos  
causa en Castilla la Reina  
de Navarra, deseando  
ensanchar sus pertenencias.  
Mas la muerte los apaga,  
asiendo al Rey con su diestra,  
en Abril de mil doscientos  
ochenta y cuatro. Las buenas  
condiciones de este príncipe,  
de escelente suficiencia,  
de sentimientos muy nobles  
y de apreciable firmeza,  
siempre serán para España  
riquísima joya envuelta  
en su manto, más brillante,

cuanto más siglos ostenta.  
Por orden de Alfonso décimo  
se redactaron en lengua  
castellana los contratos,  
que hasta entónces se escribieran  
en latin; cortando el fraude  
entre las personas legas,  
con esta sábia medida;  
y dando mayor riqueza  
al idioma castellano,  
de tan hermosa cadencia.  
Cultivó Alfonso la historia,  
logrando lauros en ella;  
fué filósofo y astrónomo.  
Entre los sabios le asientan  
*El código de las Siete  
Partidas*, que concluyera,  
principiado por su padre;  
la obra que á los tiempos deja  
de *Las Tablas Alfonsinas*;  
y el ingenio que demuestra  
en la *Crónica de España*  
y *El libro de las querellas*.  
Notable fué este reinado;  
y áun en los aires se eleva  
la fama de Alfonso décimo,  
y sobre España refleja.

Reyes!... los pueblos os miran  
vestidos de oro en las fiestas!  
Vuestros dolores!... acaso  
cantarlos puede el poeta;  
mas vive instantes su canto,  
cuando la historia es eterna!



D. ALFONSO XI.

# D. ALFONSO XI,

EL JUSTICIERO.

Del grande Rey Alfonso  
vay á contar las hazañas  
que nūdo gloria á España  
su certísimo jornada.  
Oíd sus glorias, en el tiempo  
que la Guibayon las nave:  
Almirante Espando varón,  
el Emplazado, ámbos  
los amplexos partidos,  
de la real triple en cosa.





## D. ALFONSO XI,

### EL JUSTICIERO.

Del último Rey Alfonso  
voy á contar las bazañas;  
que añade gloria á Castilla  
su cortísima jornada.  
Oid sus glorias, en el orden  
que la tradicion las narra.  
Al morir Fernando cuarto,  
el *Emplazado*, dimanar  
los ambiciosos partidos,  
de la real tutela en ansia.

Al príncipe Alfonso onceno,  
que un año de vida alcanza,  
su tío Pedro, el infante,  
monarca en Jaen proclama.  
Con Don Alfonso y su madre,  
la Reina Doña Constanza,  
huyendo de otros poderes,  
refúgiase Pedro en Avila,  
á cuya ciudad el jefe  
de otro bando, Juan de Lara,  
acude, sin que se logre  
apoderar del monarca,  
porque el obispo Don Sancho  
en la catedral le guarda,  
contra las de Lara y Pedro  
ambiciones encontradas.  
En este caso imprevisto,  
luégo las Córtes se llaman  
á Palencia, sin que de ellas  
la tranquilidad renazca;  
hasta que pasado un año,  
y estando representadas  
todas las clases del reino  
en Sahagun, donde se trata  
de constituir gobierno,  
fallece Doña Constanza,  
la Reina madre, en el año

mil trescientos trece. Cambia,  
como es forzoso, esta muerte  
la faz de las circunstancias;  
y conviéndose en que el príncipe  
se quede bajo la guardia  
de María de Molina,  
su abuela, y sea gobernada  
Castilla por los infantes  
Don Juan y Don Pedro. Causa  
de esta determinacion  
es que sean convocadas  
Córtes en Búrgos; pues muchos  
llevan á mal la importancia  
que reasumen los infantes;  
y ya las Córtes descansan,  
en mil trescientos catorce,  
la autoridad soberana  
en una Junta suprema,  
que á los dos infantes llama  
á una parte del gobierno.  
Mas la lucha comenzada  
en Andalucía, donde  
los infantes se preparan,  
al frente de los ejércitos,  
á dar más brillo á su causa,  
el dia veintitres de Junio  
del año de su desgracia,

mil trescientos diez y nueve,  
ambos rindieron sus almas,  
vencidos por la fatiga,  
á las puertas de Granada.  
Nuevos disturbios conmueven  
las seguridades pátrias,  
hasta el año mil trescientos  
veintiseis, que los apaga  
la resolución de Alfonso,  
que del gobierno se encarga.  
Garci-Laso de la Vega  
y Nuñez Osorio alcanzan  
ser de los más principales  
consejeros del monarca.  
El infante Don Felipe  
sumiso á su Rey acata;  
mas no así Don Juan el *Tuerto*,  
ni Don Juan Manuel, que en marcha  
á otros Estados, reúnen  
sus fuerzas, y se preparan  
á alzar contra el elegido  
sus mal afiladas armas.  
Comprendiendo Don Alfonso  
los trastornos que amenazan  
con tal motivo á sus pueblos,  
trata con Doña Constanza,  
hija de Don Juan Manuel,

su enlace, á que éste se allana.  
Don Juan el *Tuerto*, que mira  
frustradas sus esperanzas,  
para aumentar el prestigio  
que en contra del Rey le falta,  
concierta su matrimonio  
con la hija de Pedro, Blanca.  
Mas Alfonso, por un medio  
que su destreza declara,  
hace que vuelva á su corte  
el infante que se jacta  
de ser rebelde á su Rey;  
y es con la muerte pagada,  
en el año mil trescientos  
veintisiete, su arrogancia.  
Así, vengando la ofensa,  
su dominacion ensancha,  
pues da lustre á su corona  
con las tierras de Vizcaya,  
de las cuales una parte  
sabe rendir con su espada.  
Por engaños de Alvar-Nuñez,  
repudia á Doña Constanza,  
engaños que al Rey Alfonso  
mil sobresaltos preparan;  
siendo, entre varios, temible  
el clamor que se levanta

entre los grandes del reino,  
contra la injusta privanza  
que, por bondades del Rey,  
gozan, en mal de su patria,  
Garci-Laso y Alvar-Nuñez.  
Y tal fermenta la rabia  
en el pueblo y los magnates,  
que cae muerto á puñaladas  
en Soria Nuñez Osorio,  
cuando en la iglesia se hallaba.  
Las revueltas de Castilla  
ponen á Alfonso murallas  
en Escalona, lo mismo  
que en Valladolid. No es tanta  
la ceguedad del Rey justo,  
que no mire en tan estraña  
conducta el resentimiento  
que á su proceder alcanza,  
por los torpes favoritos  
que al desengaño le arrastran.  
Y al comprender las razones,  
cimiento de la arrogancia  
de su pueblo castellano,  
desnúdase aquella mancha,  
justiciero, en su cariño  
vengándose de sus faltas.  
Ofendido Garcí-Laso,

á Don Juan Manuel se pasa;  
pero Florez de Guzman,  
la astucia contra la infamia,  
en un momento oportuno,  
su puñal en Laso clava.  
Libre de sus consejeros  
Don Alfonso, se consagra  
á ahogar en sus buenas tierras  
la discordia emponzoñada.  
Concediéndole la mano  
de Doña Leonor, su hermana,  
se une al Rey de Portugal,  
que á Don Juan Manuel ampara;  
y pronto este mismo padre  
su resentimiento aplaca,  
máxime cuando otro enlace  
al Rey, de su hija separa.  
Por entónces una lucha  
sostiene Alfonso en el alma,  
lucha en que los nobles pechos  
impotentes se declaran.  
Quitad al hombre ese afan  
que á un precipicio le arrastra:  
que el corazon sienta sólo  
cuando la mente lo manda,  
y no habrá razon de ser  
Enrique de Trastamara.

Mas si es cierto que el perfume  
de la pasion embriaga,  
sobre Leonor de Guzman  
no poseis vuestra mirada.  
Nunca completo reposo  
la fértil Castilla alcanza,  
El príncipe *de la Cerda*  
rinda al de Castilla pátias;  
los alaveses al mismo  
dan sumision espontánea;  
mas Don Juan Manuel olvida  
la conciliacion pactada,  
y auxiliado de Aragon,  
contra su Rey se declara.  
Para prevenir los males  
que sobre el reino amenazan,  
despues de pactar Alfonso  
una tregua necesaria  
con el moro Abul-Hegiag,  
entónces Rey de Granada,  
el año de mil trescientos  
treinta y cuatro, se abalanza  
á los rebeldes, pequeños  
para el Rey á quien atacan;  
y castigando en algunos  
la rebeldía, le calma,  
bajo el árbol de Guernica



la fidelidad jurada.  
Por entónces nace un príncipe,  
que aunque la historia le llama  
Pedro el *Cruel*, con sus hechos  
ha de entregarla á la fama.  
Pero el destino de Alfonso  
que poco en la paz se esplaña,  
impele al Rey *Justiciero*  
á enristrar la fiera lanza,  
ya contra los portugueses,  
que su proteccion prestaban  
á algunos grandes rebeldes,  
y que pagaron su audacia  
con derrotas, ya tambien  
contra la morisca plaga,  
que con implacable brio  
en sus furias se desata.  
Siendo presa Gibraltar  
de los musulmanes de Africa,  
éstos sitian á Tarifa,  
despues de romper la escuadra  
de los cristianos. En tanto,  
contra Jerez se propasan  
otras huestes tambien moras,  
y sus campiñas devastan.  
Estas lamentables nuevas,  
y la de que contra España

el ejército africano  
inmenso en número avanza,  
entre los cristianos Reyes  
hicieron que se formara  
una coalición precisa,  
contra la árabe bandada.  
Las galeras de Aragon  
fueron con las castellanas  
á resguardar el Estrecho,  
mientras las tropas bizarras  
defendian á Lebrija.  
Después de ser derrotadas  
mil quinientas lanzas moras,  
el cuerpo cristiano ataca  
á Abdel-Melik, á quien vence,  
pereciendo en la demanda  
con más de diez mil infieles.  
Ansiando cruda venganza  
los enardecidos moros  
Reyes de Fez y Granada,  
piden á sus respectivos  
países fuerza sobrada  
para presentarla, dique  
de la aspiración cristiana.  
A esta petición los árabes,  
en trescientas naves, mandan  
un ejército de más

de cuatrocientas mil lanzas,  
que al cabo de cinco meses  
en Algeciras se instalan;  
deshaciendo en el Estrecho  
la muy inferior armada  
de Castilla, siendo muerto  
Tenorio, que la mandaba.  
Al saber este funesto  
accidente, se prepara  
el Rey Don Alfonso onceno  
con cuantos guerreros halla:  
en las Córtes de Sevilla,  
por su orden convocadas,  
tomando en la mano izquierda  
la corona que le ensalza,  
mientras que con la derecha  
muestra desnuda su espada,  
dice : «Abocados estamos  
al sumo peligro: exhausta  
yace el arca del erario,  
y ya nos vuelven la espalda  
los aliados. Tal és  
del desenfreno la usanza,  
que el cielo niega su auxilio.  
Allá voy á la batalla:  
sólo quiero que se clave  
la vista sobre mi espada,

y sobre esta mi corona,  
para que siempre sin mancha  
viva, y libre de mancilla,  
el nombre de nuestra España.»  
De acuerdo con los prelados,  
pide indulgencia plenaria  
para aquellos que le sigan  
y á sus órdenes combatan.  
Y sabiendo que á Tarifa  
tienen los moros sitiada,  
con treinta y nueve mil hombres  
llega á vista de las masas  
moras, el treinta de Octubre  
(al estar rayando el alba)  
del año de mil trescientos  
cuarenta. Ya preparadas  
las tropas del Rey Alfonso,  
reciben con él, en calma,  
el muy santo sacramento  
de la Eucaristía; pasan  
el rio Salado, y audaces  
precipítanse á la carga  
de aquellas robustas filas,  
que sus posiciones guardan;  
siendo de este primer paso  
la suerte muy alternada.  
Mas el Rey Alfonso enceno

por otro punto traspasa  
el río, y sobre los moros  
cae con decision, que espanta  
á los hijos de Mahoma,  
que tras de una encarnizada  
lucha, en vergonzosa fuga  
rumbo á Algeciras señalan.  
La derrota causa al árabe  
más de doscientas mil bajas,  
y entrega á Alfonso un botin  
crecido, para sus arcas,  
al par que salva á Tarifa,  
Parciales luchas se traban  
al año siguiente, siendo  
la fortuna siempre escasa  
á los moros, que de Alfonso  
temen la fiereza brava.  
El año de mil trescientos  
cuarenta y dos, apuradas  
en estas guerras continuas  
ya las cargas ordinarias,  
establece Don Alfonso  
el impuesto de *Alcabala*,  
nombre venido del árabe;  
si bien tan solo esta carga  
debe existir mientras el sitio  
de Algeciras. Nuestra armada

en tanto, á la de los moros  
derrota; y aún más inflama  
esta victoria el deseo  
que el Rey Don Alfonso guarda,  
de marchar contra Algeciras;  
proyecto que pone en planta,  
con sólo seis mil quinientos  
hombres, cercando la plaza,  
mientras por el mar la envuelven  
las valerosas escuadras  
de Castilla y de Aragon.  
Pero los recursos faltan,  
por la duracion del cerco,  
aunque ha concedido el Papa  
para este sitio, el producto  
de las rentas eclesiásticas;  
y las fuerzas auxiliares  
de Inglaterra y las de Francia  
dejan el campo, lo mismo  
que la tropa de Navarra,  
faltos de la fé de Alfonso  
y de su heroica constancia.  
Sigue éste solo su ataque  
contra Algeciras sitiada,  
y reanimando el valor  
que en sus soldados desmaya,  
causa estrago en la ciudad,

arrojando dentro balas  
con la pólvora, ya entónces  
por los cristianos usada.  
Al cabo de largo tiempo  
consigue asentar su planta  
sobre Algeciras, Alfonso,  
que, en sus bondades magnánimas,  
no abusa de su victoria  
en los moros que avasalla.  
Una tregua de diez años  
con los Reyes moros pacta;  
tiempo más que suficiente  
para que el valor rehagan.  
Mas pasados sólo cinco,  
sin que á su régia palabra  
falte el Rey, puesto que el hijo  
de Abul-Hasan se declara  
monarca, y con él Castilla  
no está á la paz obligada,  
á las tropas agarenas  
con igual ardor ataca,  
y creándose recursos  
otra vez con la *Alcabala*,  
que le conceden las Córtes  
de Alcalá de Henares, pasa  
por Andalucía, y llega  
á Gibraltar. Allí planta

el sitio, bien ignorante  
de que el aire de sus playas,  
para su aliento bizarro,  
lleva la muerte en sus alas.  
Varios grandes pretendieron  
que Alfonso se retirara  
á Toledo, para huir  
de la peste que dieztaba  
las tropas, en mil trescientos  
cincuenta; más fueron vanas  
sus quejas, y la epidemia  
su fiero golpe descarga  
sobre Alfonso, el veintiseis  
de Mayo: la muerte arranca,  
á los treinta y ocho años  
de su vida, la esperanza  
que sobre el hijo adorado  
fundára la madre patria.  
El carácter justiciero  
de Alfonso onceno, dejara  
no solo entre los cristianos  
motivo al pecho de lágrimas,  
sino respeto en los moros,  
que, en actitud acuitada,  
contemplan á los que llevan  
el cadáver del monarca  
á Sevilla; miétras varios,



principales de su raza  
visten luto, por el mismo  
que en los combates odiaran.

. . . . .

Los once Reyes Alfonsos  
fueron astros, que áun irradian  
sobre la libre existencia  
de nuestra querida España.

Mi voz es débil, tan débil,  
que mucho, si pudo escasa  
llegar á vuestros oídos,  
por los aires arrullada.

¡Quiera el Cielo que este canto  
despierte las no cansadas,  
y siempre sonoras cuerdas  
de la lira castellana!



principales de su raza  
vista luto por el mismo  
que en los combates obraron  
Los once Reyes Alfonso  
fueron astros, que aun irradian  
sobre la tierra existencia  
de nuestra querida España  
Mi voz es débil, tan débil,  
que mucho, si pudo escasa  
llegar a vuestras oidas,  
por las aires arrullada  
Quiera el Cielo que este canto  
despierte las no cantadas,  
y siempre sonoras quedas  
de la lira castellana









MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

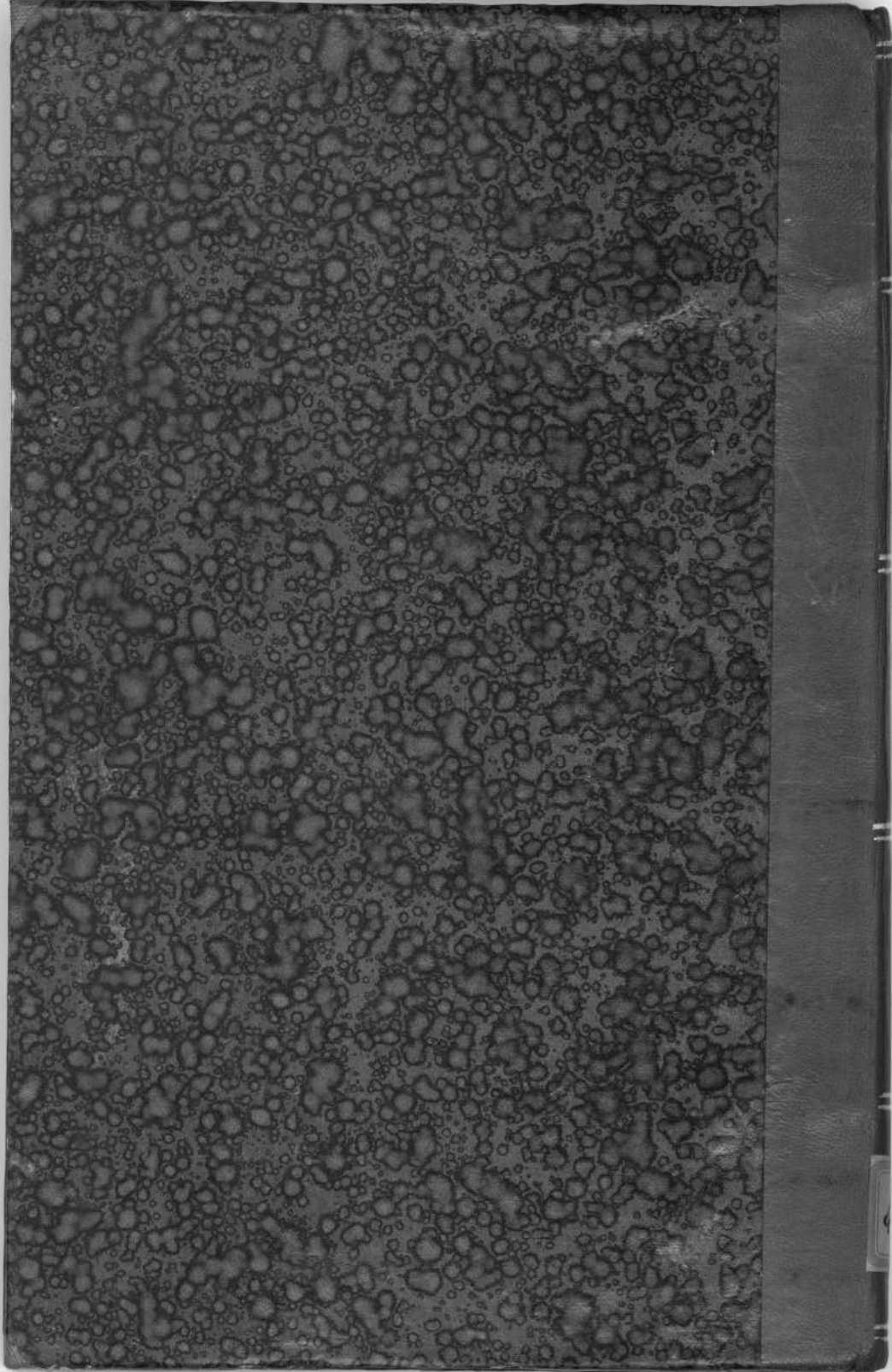
Pesetas.

Número... 4189 | Precio de la obra.....

Estante... 32 | Precio de adquisición .....

Tabla..... 8 | Valoración actual.....

Número de tomos.. .....





VELASCO

OMANCERO

4189.